

# LA PSICOLOGÍA DEL GÉNERO EN EL SIGLO XXI

María Jayme Zaro

Universitat de Barcelona

## RESUMEN

El género es un constructo que ha sido contemplado desde diferentes disciplinas científicas, como herencia de la importancia que la dicotomía hombre-mujer ha tenido en todas las culturas desde la Antigüedad hasta nuestros días. Construido como un instrumento social, no sólo tiene efectos colectivos —en tanto ha definido dos grupos de seres humanos con diferentes roles y espacios respectivos— sino también individuales —al constituir el núcleo de la identidad personal de cada individuo—. La Psicología, junto con otras ramas de la ciencia, se ha encargado de su estudio a ambos niveles, acumulando un conjunto de conocimientos que han definido una nueva disciplina así llamada Psicología del Género, como área encargada del estudio de la conducta humana considerando este constructo como un factor determinante de la misma. Desde este ámbito, el género tiene unos contenidos propios cuyos efectos se observan a cualquier nivel de la realidad humana: biológica, sociocultural y psicológica.

PALABRAS CLAVE: sexo, género, identidad, estereotipos, roles, masculinidad, feminidad.

## ABSTRACT

Traditionally subject to the analysis of diverse scientific disciplines, gender is a construct that records the relevance that all cultures have granted to the dichotomy man-woman since Antiquity. Conceived of as social instrument, gender has cast its [ideological] constraints both upon groups and individuals. It has assigned such different roles and spaces that almost two separate species of human beings have emerged and settled the basis of personal identity. Psychology has approached gender both in its collective and individual dimensions, branching off into a new psychological discipline, Psychology of Gender, which highlights the overriding role of gender in human behaviour. These new studies attribute gender to particular contents which manifest themselves in biological, social, cultural and psychological aspects of reality.

KEY WORDS: sex, gender, identity, stereotypes, roles, masculinity, femininity.

## 1. EL FENÓMENO DE LAS DIFERENCIAS ENTRE HOMBRES Y MUJERES DESDE LA PSICOLOGÍA

En las dos últimas décadas el concepto de «género» se ha extendido por todo el ámbito científico, reconociéndose así la importancia que tiene en la vida



tanto social como individual de los seres humanos. Ello ha motivado que pase a ser una cuestión académica integrada dentro de diversos programas, que incluyen asignaturas generales y específicas, cursos de postgrado, tesis doctorales o investigaciones realizadas desde muy diversos enfoques. No es un hecho casual que en la actualidad editoriales de renombre publiquen y/o mantengan colecciones abiertas sobre el tema; que revistas especializadas de indudable prestigio científico publiquen artículos y monográficos e incluso la prensa no especializada sea sensible a cualquier noticia relacionada con la dualidad hombre/mujer.

Ciertamente, las diferencias entre hombres y mujeres, resultado de la pertenencia a una especie mamífera caracterizada por el dimorfismo sexual, han constituido un fenómeno de tal magnitud que, desde los inicios de las sociedades humanas, han penetrado en el pensamiento como tema de conocimiento, reflexión y evaluación. A partir de una diferencia de base anatómica y biofisiológica, conceptualizada bajo la categoría *sexo*, todas las sociedades humanas han ido configurando modelos de comportamiento vinculados, en sus orígenes, a dicha diferencia. Transmitidos por distintas vías no sólo cognitivas, sino afectivas, emocionales y conductuales, a lo largo de los siglos dichos modelos han ido consolidando unos contenidos que, en la actualidad, se engloban bajo una categoría taxonómica de uso relativamente reciente, el *género*. Así, hallamos referentes a la especulación sobre las diferencias de sexo y sus consecuencias a lo largo de toda la historia de la humanidad: desde el pensamiento mítico, el arte, el discurso filosófico, y la psicología, se constata que el fenómeno está presente en todos los tiempos y culturas, articulado como una diferencia impuesta e inevitable que ha sustentado todo un sistema socioeconómico en constante transformación, extendiéndose incluso a culturas muy diversas.

Siendo muy variadas las disciplinas que han abordado científicamente el constructo, desde la biología a la sociología, la educación, la antropología o la historia, y entendiendo por dicho abordaje la descripción sistematizada del fenómeno y las referencias hipotéticas a sus causas, en el seno de la psicología se trata formalmente desde principios del siglo XX. Después de la inteligencia, área a la que mayor cantidad de investigación se ha dedicado, son los trabajos con metodología científica referidos a las diferencias de sexo-género los que mayor atención han recibido desde este ámbito<sup>1</sup>. Y es precisamente lo que podríamos llamar la universalidad del fenómeno lo que ha promovido su estudio psicológico, ya que con relación a la conducta normal, las diferencias de sexo-género se manifiestan en cualquier dimensión psicológica. No podemos reducirlas, en consecuencia, a ninguna conducta o variable específica, y mucho menos explicarlas basándonos en un único modelo o sistema teórico determinado. En mayor o menor medida, las variables sexo y género ejercen un determinado efecto en todo el sistema psicológico del individuo, lo que

---

<sup>1</sup> J.H. PLECK, «Masculinity-Femininity. Current and Alternative Paradigms». *Sex Roles*, vol. 1, pp. 161-178.



explica que inicialmente fuera la perspectiva diferencialista la que mayor cantidad de investigaciones haya realizado sobre esta variable, con el consiguiente sesgo de primar la diferencia y reafirmar así la clásica oposición dualista masculino-femenino, hombre *versus* mujer. No obstante, lo cierto es que la mayoría de instrumentos diseñados para la evaluación psicológica pone de manifiesto la existencia de tales diferencias. Así, las pruebas psicométricas destinadas a diferentes evaluaciones psicológicas ofrecen baremaciones para hombres y mujeres por separado, puesto que con las muestras utilizadas para estandarizar los resultados se han constatado la presencia de diferencias de sexo estadísticamente significativas. Lo observamos en los cuestionarios de personalidad (*ej.*, 16 PF de Cattell), pero también en aquellas pruebas diseñadas para medir capacidades cognitivas (*ej.*, Test de Aptitudes Diferenciales de Bennet *et al.*); en las de estilos cognitivos (*ej.*, Test de Figuras Enmascaradas de Witkin *et al.*); o en la medida de estado de ánimo (*ej.*, Inventario Diferencial de Adjetivos para el Estudio del Estado de Ánimo, de Tous y Andrés)<sup>2</sup>.

Tal es la magnitud del fenómeno de las diferencias aparentes entre hombres y mujeres, que éstas se extienden al ámbito clínico. En primer lugar las observamos en el área de salud en general, donde se establecen con relación a la esperanza de vida al nacer, más elevada en las mujeres y que plantea lo que hoy podríamos denominar una *feminización de la vejez*, que exige una consideración especial de todo un colectivo humano con unas características propias. También se constatan en el tipo de trastornos y enfermedades más comunes en cada sexo, muy vinculadas a las características biofisiológicas diferenciales de hombres y mujeres. En segundo lugar, las diferencias se extienden al área de la conducta anormal, que se manifiestan ya desde la infancia<sup>3</sup> y se mantienen en la vida adulta, estructurándose en torno a cuadros esquizofrénicos, trastornos sexuales y toxicomanías diversas en los hombres, y neurosis, trastornos de adaptación y conducta, y trastornos afectivos, en las mujeres. Evidentemente, estos datos responden también a razones socioculturales, marcadas por la idea de género, y que tradicionalmente ha asociado el bienestar físico y psicológico a la total identificación de los individuos con sus respectivos géneros, lo que marca además una adaptación plena a la sociedad.

En definitiva, los datos aportados por las baremaciones de las más destacadas pruebas de evaluación psicológica, suficientemente replicados en los distintos estudios que han tenido lugar desde principios del siglo XX hasta el recién estrenado siglo XXI, junto con los datos epidemiológicos y clínicos, son la constatación empí-

---

<sup>2</sup> G.K. BENNET, A.G. SEASHORE, y A.G. WESMAN, *Manual for the Differential Aptitudes Tests*. Nueva York, Psychological Corporation, 1974; H.A. WITKIN, P.K. OLTMAN, E. RASKIN, y S.A. KARP, *A Manual for the Embedded Figures Tests*. Palo Alto (CA), Consulting Psychologists, 1971; J.M. TOUS, y A. ANDRÉS, *Inventario diferencial para la autoevaluación del estado de ánimo (IDDA-EA)*. Madrid, TEA, S.A., 1991.

<sup>3</sup> M.C. ROLDÁN, y M.J. BÁGUENA, «Psicopatología de la mujer», en A. BELLOCH, A. y P. BARRETO (eds.), *Psicología clínica: trastornos bio-psico-sociales*, Valencia, Promolibro, 1986.

rica de la importancia que el sistema sexo-género tiene dentro del ámbito de las diferencias individuales psicológicas. Y ésta es la base que da lugar a lo que hoy se denomina «Psicología del Género», y que tuvo como antecedentes inmediatos los estudios sobre la mujer y la denominada psicología de la mujer, originada en Estados Unidos en la década de los setenta, promovida desde el feminismo y centrada en la subjetividad femenina y las características propias de la mujer exclusivamente.

Históricamente, hasta que la Psicología, como saber independiente, no se gesta como ciencia a finales del siglo XIX, cuando se aplica el método científico-natural a la psique o mente humana<sup>4</sup>, la mujer no había sido incluida en la reflexión y el estudio científico, prevaleciendo una visión androcéntrica de la realidad. La Filosofía, el instrumento aplicado del conocimiento —desde la especulación inicial al racionalismo sistemático—, había denegado a la mujer el derecho a constituir un objeto de conocimiento en sí mismo, como en el hombre. La justificación de tal hecho discriminatorio obligó a desarrollar toda una serie de argumentos basados en diferencias físicas (en términos de fortaleza-debilidad respectivas) de tal modo articuladas que tan particular situación fue prolongada durante siglos. No se trataba entonces de oponer hombre y mujer, sino de describir la situación de subordinación que esta última había ocupado, respecto a aquél, desde tiempos remotos, concebida como consecuencia de la propia naturaleza (o de la divinidad, según el modelo de pensamiento aplicado en cada etapa histórica): la mujer es inferior al hombre, física e intelectualmente; es *lo otro*, lo diferente al hombre<sup>5</sup>. La mejor razón, argumento utilizado con profusión hasta nuestros días, se basaba en destacar la aparente ausencia de la mujer en la vida pública de la Historia: la visión androcéntrica que ha interpretado ésta desde sus orígenes destaca que la mujer no ha hecho ninguna aportación intelectual considerable<sup>6</sup> hasta prácticamente el siglo XX (aunque gracias a los estudios de género hoy conocemos el nombre de muchas mujeres cuyas aportaciones intelectuales o artísticas son dignas de mención). Pero en el siglo XIX diferentes corrientes y teorías continuaron sustentando la vieja idea de la inferioridad mental de la mujer y sus diferencias respecto al hombre, guiadas por un determinismo biológico empeñado en buscar evidencias en la morfología o anatomía cerebral (*ej.*, craneometría, frenología): tamaño cerebral, lóbulos, distribución de posibles áreas cerebrales que sustenten distintas facultades, todo fue examinado, con la instrumentación de la época, para obtener los ansiados datos. Fueron los inicios de una línea de investigación que se mantiene vigente en la actualidad, enriquecida por un desarrollo tecnológico impresionante.

---

<sup>4</sup> A. CAPARRÓS, *La Psicología y sus perfiles: Introducción a la cultura psicológica*. Barcelona, Barcanova, 1985.

<sup>5</sup> R.T. HARE-MUSTIN y J. MARECEK (eds.), *Marcar la diferencia: Psicología y construcción de los sexos*. Barcelona, Herder, 1994.

<sup>6</sup> C. FERNÁNDEZ VILLANUEVA, «La mujer y la psicología», en M.A. DURÁN, *Liberación y utopía*, Madrid, Akal, 1982.

## 2. LA PSICOLOGÍA DEL GÉNERO

Es comprensible que con tales antecedentes la Psicología, al principio, estuviera determinada por la experiencia y el hacer de los hombres, y así lo observado en ellos se generalizara, a veces sin más reflexión, a la conducta femenina, de modo que al hallar contradicciones entre los datos de unos y otras, se desestimara el estudio en éstas por considerarlas excepciones a la norma, la conducta masculina. Por ello en la mayoría del área de investigación, la mujer fue excluida como objeto de estudio, al igual que hiciera, durante siglos, la Filosofía en cuanto a objeto de reflexión. En realidad, la Psicología del Género surge como resultado de la acumulación de datos sobre las diferencias entre hombres y mujeres, la evidencia de una naturaleza sociocultural muy determinante en éstas a la par que su inevitable raíz biológica y el hecho de que el sistema sexo/género afecta profundamente a la psique de los individuos, promoviendo en ellos unos rasgos de personalidad y unas conductas en la mayoría de los casos predeterminadas.

Aceptada por derecho propio como una disciplina científica más dentro de la Psicología, la denominada Psicología del Género recoge el estudio del comportamiento humano a través de la consideración de que la variable género —e inevitablemente, el sexo— tiene una responsabilidad en la formación de la conducta, aunque esté por determinar la magnitud de la relación. Así se estudian desde los aspectos biológicos a los propiamente psicológicos, que hacen referencia al funcionamiento cognitivo, conativo y emocional del ser humano, desde esa doble vertiente ya comentada, colectiva e individual. No se trata únicamente de confrontar, en consecuencia, dos colectivos definidos por el género, hombres y mujeres, y definir así sus semejanzas/diferencias; más bien de entender cómo los propios individuos, esos hombres y mujeres, construyen sus identidades personales desde que son asignados a uno de ambos grupos al nacer, considerando en dicho análisis tanto los determinantes biológicos como los socioculturales, encargados de transmitir los valores y contenidos de la masculinidad/feminidad y conformar una sociedad estructurada en función de unas expectativas y roles asociados al género que limitan las oportunidades de los seres humanos para desarrollarse plenamente.

Inevitablemente, como se ha mencionado con anterioridad, la Psicología del Género está influida por la perspectiva de análisis de la variabilidad del comportamiento entre hombres y mujeres, hecho innegable y cuyas causas aún no están definidas satisfactoriamente; así ha heredado parte del conocimiento aportado por la Psicología Diferencial, que ha considerado el sexo/género como una variable de diferenciación asignada y definitoria de dos grupos. Pero, como nos recuerda Halpern<sup>7</sup>, entre otras, este particular enfoque ha primado la diferencia por encima de la semejanza, considerando las comparaciones en términos jerárquicos que han situa-

---

<sup>7</sup> D. HALPERN, «Sex Differences in Intelligence. Implications for Education». *American Psychologist*, vol. 52, núm. 10 (1997), pp. 1.091-1.102.



do a un género por encima del otro, con las consecuencias sociales evidentes que ello ha tenido hasta la actualidad.

En la actualidad la perspectiva psicológica del género plantea su análisis desde diferentes perspectivas y modelos teóricos. Siguiendo a Barberá<sup>8</sup>, considera el género desde: a) su aspecto social, en cuanto a categorización de los individuos en dos grupos amplios al modo de otras variables como raza o edad; b) su aspecto subjetivo, en cuanto a que interviene en la construcción de la subjetividad individual, articulada como identidad vivida en función de ser hombre o mujer; c) su definición como un macrorrasgo de personalidad que engloba diferentes características y, en consecuencia, define tendencias de conducta estables y consistentes en hombres y mujeres, pero diferentes respectivamente; d) su consideración como proceso psicológico que interviene en el procesamiento de información, induciendo sesgos y afectando a todos los sistemas cognitivos y emocionales de los individuos; e) como variable estímulo, que elicitaba respuestas diferenciales en el contexto de la interacción social, ayudando a sustentar la clasificación social de la masculinidad-feminidad; y f) como proceso psicosocial, en interacción con los contextos sociales, para explicar actitudes, expectativas, etc., desde un enfoque dinámico.

### 3. MÁS ALLÁ DEL SEXO: EL GÉNERO

Desde la década de los años setenta hasta la actualidad se ha producido la paulatina aparición y consolidación del término «género» para referirse a hombres y mujeres, término que ha llegado a sustituir parcial o totalmente a su antecesor, «sexo», que desde el principio había servido para distinguir a hombres de mujeres y viceversa.

Como dato representativo, el término «sexo» se introdujo en el tesoro de la base de datos psicológica PsycLit en 1967, siendo definido en ésta como «término conceptualmente amplio, referido a las características estructurales, funcionales o conductuales de machos y hembras en determinadas especies». Para la comparación entre sexos humanos se nos remite a «diferencias sexuales» y como términos asociados presentan los siguientes: alteraciones genitales, pornografía, conducta psicosexual, desarrollo psicosexual, cambio de sexo, cromosomas sexuales, discriminación sexual, impulso sexual, educación sexual, hormonas sexuales, ofensas sexuales, actitudes de rol sexual, terapia sexual, actitudes sexuales, desarrollo sexual, reproducción sexual, sexualidad. En cambio, género e identidad de género no se introdujeron hasta 1985, asociándolo a otros términos tales como «personalidad», «desarrollo psicosexual», «autoconcepto», «roles sexuales» y «transexualismo». La diferencia entre sexo y género es, vista así, notable.

---

<sup>8</sup> É. BARBERÁ, *Psicología del género*. Barcelona, Ariel, 1998.



Y si bien ambos constructos sirven para categorizar a los seres humanos en dos grupos bien definidos<sup>9</sup>, no se refieren al mismo fenómeno, aunque al principio fueran utilizados como sinónimos y, en la actualidad, todavía se confundan y apliquen indistintamente pues, como señala Fernández<sup>10</sup>, la diferenciación entre sexo y género resulta compleja. ¿Cómo surgió la variable género? No sólo desde la propia Psicología sino desde disciplinas ajenas, que también han dotado al género de un contenido, como la Sociología, la Filosofía o la Economía, se empezó a denunciar la insuficiencia del término «sexo» para referirse a la compleja realidad de las diferencias entre hombres y mujeres. En 1982 Sherif publicó un artículo, «Conceptos necesarios en el estudio de la identidad de género», en el que puntualizaba cómo el análisis del sexo y el género debiera comenzar con el reconocimiento de que el género es un sistema con categoría social<sup>11</sup>. Poco después, Ann Deaux<sup>12</sup> identificó una aproximación al estudio de las diferencias de sexo entendido éste como una categoría social, en oposición con anteriores líneas de investigación que se habían centrado en inteligencia y personalidad (articulada en la dicotomía masculinidad-feminidad).

Aun existiendo muchas definiciones de la variable sexo, desde el contexto psicológico se entiende en general que dicha variable hunde sus raíces en el fenómeno biofisiológico del dimorfismo sexual, y en este sentido las múltiples definiciones aplicadas dependen del nivel de análisis en que nos situemos (*ej.*, cromosómico, gonadal, hormonal, morfológico, asignado...): con el término «sexo» puede describirse desde la composición cromosómica de los seres humanos a su apariencia física en función de sus características secundarias adultas. Con acierto, Sternberg<sup>13</sup> nos recuerda que la expresión «biología» remite a fuentes de variación programadas genéticamente, cuyos efectos están determinados en el instante mismo de la concepción, aunque tarden cierto tiempo en manifestarse. Pero precisamente esa naturaleza biológica oculta un aspecto que no parece haber sido suficientemente contemplado a nivel semántico, y que ha obligado a recurrir a una variable diferente, el género. En 1973, Hans J. Eysenck destacaba la existencia de una naturaleza socio-cultural implícita en el sexo, que ha servido para reforzar las diferencias biofisiológicas entre hombres y mujeres<sup>14</sup>. Seis años después, Rhoda Unger publicó un artículo en el que ponía de manifiesto las dificultades inherentes al uso de los términos «sexo» y

---

<sup>9</sup> A.O. ROSS, *Personality: The Scientific Study of Complex Human Behaviour*. Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1987.

<sup>10</sup> J. FERNÁNDEZ, *Varones y mujeres: Desarrollo de la doble realidad del sexo y el género*. Madrid, Pirámide, 1996.

<sup>11</sup> A. SHERIF «Needed Concepts in the Study of Gender Identity». *Psychology of Women Quarterly*, vol. 6 (1982), pp. 375-398.

<sup>12</sup> A. DEAUX, «From Individual Differences to Social Categories: Analysis of a Decade's Research on Gender». *American Psychologist*, vol. 39 (1986), pp. 105-116.

<sup>13</sup> R.J. STERNBERG, «What is the Relation of Gender to Biology and Environment? An Evolutionary Model of How What Your Answer Depends on just What You Ask», en A.E. BEALL y R.J. STERNBERG, (eds.), *Psychology of Gender*, Nueva York, The Guilford Press, 1993.

<sup>14</sup> H.J. EYSENCK, *Handbook of Abnormal Psychology*. Londres, Pitman, 1973.



«género», otorgando al primero la categoría de variable biológica y al segundo, la de variable social<sup>15</sup>. Éstos, y otros autores, plantearon la necesidad de entender la clásica dicotomía hombre-mujer como una instancia de las relaciones intergrupales<sup>16</sup>, es decir, del contexto sociocultural, pero basada en la identidad de género individual como núcleo de las diferencias. En consecuencia, como categoría social el género describiría todos aquellos componentes del sexo que son resultado de prescripciones culturales sobre lo adecuado para hombres y mujeres respectivamente, reforzando de este modo las categorías masculina y femenina, así como el sistema de roles de género. Este entorno sociocultural sería el trasfondo necesario que hace que hombres y mujeres atraviesen distintas experiencias de socialización durante la infancia, experiencias privadas que darán un contenido de categoría psicosocial al sexo, más allá de lo biofisiológico que inicialmente basara la primera definición de éste. El género recoge, así, los tres aspectos básicos que explican hombre y mujer, masculino y femenino: lo biológico, lo sociocultural y lo psicológico.

Barberá<sup>17</sup> sistematiza cómo ha sido entendido el género desde diferentes enfoques psicológicos. Para la psicología diferencial ha sido una respuesta estable, propia de hombres *versus* mujeres, fomentando un enfoque de medición de características y comparación entre grupos basado en las medias grupales y la significación estadística de sus diferencias. Esta perspectiva ha reforzado una visión de igualdad intragrupo y diferenciación entre grupos que ha contribuido a mantener la desigualdad jerárquica tradicional entre hombres y mujeres. Otros enfoques, influidos por la psicología cognitiva, lo han considerado un proceso psicológico, referido a los procesos cognitivos y afectivo-emocionales que intervienen en la construcción activa del género, dando lugar a teorías como la conocida de Bem<sup>18</sup> sobre el género como un esquema cognitivo que interviene en el procesamiento de información. La psicología social, por su parte, destacó el aspecto de un sistema de clasificación social ya comentado anteriormente y que tiene especial relevancia a la hora de analizar la realidad sociocultural en áreas como el trabajo, el estatus social, el liderazgo, el poder o la propia estructuración social. En este ámbito destaca el análisis de estereotipos y roles de género, como fuente pública de su contenido subjetivo en tanto que cada individuo se conforma, en mayor o menor medida, a ellos (lo que Maccoby<sup>19</sup> denominara «tipificación sexual»). Pero también la psicología evolutiva, ocupada del estudio del desarrollo psicológico desde el nacimiento hasta la vejez, ha aportado datos sobre la influencia del género y su desarrollo, en especial con rela-

---

<sup>15</sup> R. UNGER, «Toward a Definition of Sex and Gender». *American Psychologist*, vol. 11 (1979), pp. 1.085-1.094.

<sup>16</sup> K. DEaux y L.L. LEWIS, «Components of Gender Stereotypes». *Psychological Documents*, vol. 46 (1983), pp. 991-1.004.

<sup>17</sup> *Op. cit.*

<sup>18</sup> S. BEM, «The Measurement of Psychological Androgyny». *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, vol. 42 (1974), pp. 155-162.

<sup>19</sup> E. MACOBY, *El desarrollo de las diferencias sexuales*. Madrid, Morata, 1972 (1ª ed. 1966).





ción a la construcción de la identidad de género; así como el modelo dinámico, al abordar el estudio de su contenido subjetivo desde su particular enfoque, aportando conceptos como el de identificación; o las teorías del aprendizaje social y el desarrollo cognitivo. Y, por último, no hay que olvidar los enfoques de carácter más psicobiológico, que al analizar el sexo desde el desarrollo ontogénico en adelante, ha contribuido a entender la relación entre el determinismo biológico y el género, especialmente en el análisis comportamental de las personas afectadas de síndromes sexuales, o del colectivo transexual, de especial interés en el estudio del desarrollo de la identidad de género y de los factores biológicos y socioculturales.

Pero si inicialmente la propuesta de género nació en un contexto eminentemente sociológico, motivado por los efectos restrictivos que los roles sociales han impuesto tradicionalmente a hombres y mujeres mediante un proceso rígido de asignación de los individuos a la masculinidad versus la feminidad, la Psicología es quien se encarga de otorgar un contenido individual de significados subjetivos atribuidos a la compleja realidad biofisiológica descrita por el sexo, completando de este modo el sentido del término género con un importante concepto, el de identidad. Todos nacemos con un sexo asignado, en concordancia con los genitales externos, y esa asignación implica automáticamente otra, la de género. Desde ese momento, el individuo recién llegado al mundo adquiere una marca masculina o femenina que, a medida que se desarrolle su capacidad cognitiva, irá construyendo ya no pasiva sino activamente<sup>20</sup>, recibiendo los contenidos de los estereotipos de género y aprendiendo los roles correspondientes, a través de la influencia decisiva de los agentes socializadores, encargados de vigilar el normal desarrollo de la identidad de género. Los estereotipos se aprenden como parte del desarrollo de la persona en un determinado contexto sociocultural, a través de la interacción social, y se instauran en la identidad personal, siempre en respuesta a la presión que la sociedad ejerce para mantener dos grupos de seres humanos en ámbitos diferentes, contemplando a hombres y mujeres como poseedores de unas características propias. Más importante aún, cabe contemplar todo el proceso de socialización como un aprendizaje de lo que es lícito por ser hombre o mujer, entendiendo siempre que lo relegado a la mujer está menos valorado, en el espacio público, puesto que el sexo femenino está subordinado a su función reproductora, entendida como una exigencia ineludible incluso más allá de lo fisiológico<sup>21</sup>.

#### 4. ¿CÓMO SE ENTIENDE EL GÉNERO DESDE LA PSICOLOGÍA?

Como hemos visto, la tradición psicológica hizo que el género se entendiera como una variable asociada a la manera de ser de hombres y mujeres, capaz de indu-

---

<sup>20</sup> M. JAYME, «La identidad de género». *Revista de Psicoterapia*, vol. 10, núm. 40 (2000), pp. 5-22.

<sup>21</sup> M. JAYME y V. SAU, *Psicología diferencial del sexo y el género*. Barcelona, Icaria, 1996.



características estables y consistentes, rasgos de personalidad, definitorias del comportamiento respectivo, lo que los clásicos denominaran «masculinidad» y «feminidad», y que sirviera de base para establecer tipologías. Es lo que se considera la conceptualización del género como una variable sujeto: masculinidad y feminidad, entendidas como un conjunto de atributos subyacentes al género que define cada individuo, desde una visión innatista que refuerza las diferencias entre hombres y mujeres, homogeneizando las semejanzas de los miembros integrantes de cada macrogrupo. Durante la década de los años treinta se definió la dicotomía M-F como un continuo con dos polos opuestos, según el cual cada persona ocuparía una posición, lo que podría medirse evaluando el grado con que mostrara o se identificara con una serie de características y conductas específicas del género al que perteneciera. Se exigía ideológicamente una correspondencia exacta entre dimorfismo sexual e identidad de género. En esta época proliferaron muchas escalas de M-F, cuestionarios de respuesta cerrada que obligaban a optar por una de dos respuestas posibles. En realidad, lo que se reflejaba eran los estereotipos de género más clásicos, tales como la emocionalidad (las mujeres son más emocionales que los hombres, diferencia atribuible a sus características biofisiológicas, especialmente en lo relativo al funcionamiento hormonal); agresividad (el hombre es más agresivo), dominancia (el hombre es dominante, la mujer sumisa; y este rasgo tiene especial importancia en el análisis del liderazgo y sus consecuencias profesionales), dependencia (la mujer es dependiente, necesita el apoyo emocional de otros), actividad (la mujer es pasiva, en relación a su dependencia), o intereses y actitudes, área muy interesante porque a través de ellos se podían definir claramente las esferas independientes de la M-F y reforzar la división de un espacio público, masculino (evidenciado por preferir actividades que exijan esfuerzo físico, riesgo, racionalidad, creatividad, expansión...), respecto a un espacio privado, femenino (preferencias por actividades sedentarias, con carácter asistencial). La consecuencia de este enfoque psicológico es que se aceptó que el género implicaba unas diferencias temperamentales y, por tanto, difícilmente mutables.

Hasta prácticamente finales de la década de los sesenta, este modelo psicológico que entendía el género como fuente de rasgos de personalidad rígidos (conocido como «modelo clásico o de congruencia»), se mantuvo vigente. Pero los cambios sociales que se iban sucediendo, y la presión de las psicólogas feministas y otras teóricas que pusieron de manifiesto cómo los roles de género limitaban la vida de las personas<sup>22</sup>, obligaron a analizar el contenido más social del género en un intento por cambiar su hasta entonces aceptado determinismo. La Psicología Social fue especialmente importante en esta época, al analizar el concepto de grupo respecto al género y definir los estereotipos de género como aquellas creencias consensuadas sobre las diferentes características de hombres y mujeres que son consideradas normales en la

---

<sup>22</sup> S. BEM, «Beyond Androgyny: Some Presumptuous Prescriptions for a Liberated Gender Identity», en D.J. SHERMAN y F.L. DENMARK (eds.), *The Psychology of Women: Future Directions in Research*, Nueva York, Psychological Dimensions, 1978.



sociedad<sup>23</sup>. Deaux y Lewis<sup>24</sup> señalaron cuatro grandes áreas de estereotipos: rasgos de personalidad, roles, profesiones y apariencia física, que determinan distintos roles de género y apoyan una división desigual del espacio público. Así, el estudio de los roles de género es igualmente importante; la historia se había encargado de que el orden social de cada momento prescribiera unas conductas propias y adecuadas para cada individuo, que Parsons describió en la familia a través de los conceptos de «rol instrumental» (orientación masculina hacia el éxito y el logro) y «rol expresivo» (orientación femenina hacia las relaciones sociales a través de la afectividad y la emoción)<sup>25</sup>. Estas y otras reflexiones promovieron la aparición de otro modelo de masculinidad-feminidad, el conocido como androginia, del que fuera principal artífice Sandra Bem, al publicar en 1974 un artículo titulado «La medida de la androginia psicológica»<sup>26</sup>, que aportó una nueva forma de entender el constructo, al conceptualizarlo como una realidad bidimensional (masculinidad y feminidad como rasgos presentes en un mismo individuo con independencia de su sexo/género) y ortogonalidad (entendidas como dimensiones independientes). El nuevo modelo iba más allá de la mera categorización de las personas según su grado de tipificación sexual, y proponía la conveniencia de una sociedad en que no existieran las diferencias basadas en el género, substituyéndose por un tipo de personas andróginas, capaces de identificarse con los rasgos definidos en la masculinidad-feminidad clásica sin distinguirlos por su marca de género. Así, el andrógino es el individuo más flexible conductualmente y, también, más adaptado psicológicamente, al contrario que el tipificado sexualmente, capaz de identificarse únicamente con los contenidos preestablecidos para el género al que pertenece. Bem desarrolló un instrumento de medición nuevo, el Inventario de Roles Sexuales (BSRI)<sup>27</sup>, basado en estas premisas, y que ha servido de modelo para otros cuestionarios de androginia que, hasta la actualidad, han ido diseñándose siguiendo sus presupuestos, con el objeto de medir, en una misma persona, su masculinidad y feminidad. No obstante, este modelo ha sido también objeto de críticas y no ha colmado las expectativas que, en su momento, generara.

## 5. PANORAMA ACTUAL DE LOS ESTUDIOS PSICOLÓGICOS DEL GÉNERO

El estudio psicológico del género se ha articulado, desde los años setenta, a partir de las revisiones de estudios, instrumento básico de la investigación y que

---

<sup>23</sup> P.S. ROSENKRATZ, R.S. VOGEL *et al.*, «Sex-role Stereotypes and Self-concepts in College Students». *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, vol. 32 (1968), pp. 187-195.

<sup>24</sup> *Op. cit.*

<sup>25</sup> T. PARSONS, «Age and Sex Roles in the Social Structure of the United States». *American Social Review*, vol. 7 (1958), pp. 604-616.

<sup>26</sup> *Op. cit.*

<sup>27</sup> *Op. cit.*

tiene su referente clásico en el trabajo de Maccoby y Jacklin<sup>28</sup>, primero en sistematizar los datos acumulados desde principios del siglo XX y en proponer conclusiones generales en lo que respecta a las grandes áreas de estudio del género: personalidad e inteligencia, lo que supuso el fin, aún hoy no totalmente aceptado, de multitud de estereotipos y creencias carentes de fundamento científico. Pero no es hasta la década de los ochenta, con la aplicación de las técnicas meta-analíticas, cuando comienza a evaluarse la magnitud de las diferencias entre hombres y mujeres, su significación social (o repercusión real) en oposición a la significación estadística. Se suceden en primer lugar revisiones de estudios sobre capacidades cognitivas: verbal, matemática y espacial, principalmente<sup>29</sup>. A través de estos trabajos, se confirma que en inteligencia hombres y mujeres no son tan diferentes como se pensaba, y que las mayores y más consistentes diferencias se centran en el área de la capacidad espacial y, concretamente, en el de la rotación mental. En esta área la experiencia durante el proceso de socialización es esencial para un buen rendimiento adulto, siendo el género un factor importante pues había inducido en las actividades lúdicas a la preparación académica una diferencia clara entre niños y niñas.

En segundo lugar, se realizaron revisiones de estudios sobre personalidad, área en la que el género también ha marcado una importante oposición a través de los constructos de masculinidad-feminidad. Si inicialmente Maccoby y Jacklin<sup>30</sup> habían constatado con su revisión mayor agresividad y dominancia masculina y mayor ansiedad femenina, los meta-análisis realizados posteriormente confirmaron estos datos, pero revelando una magnitud menor de la otorgada<sup>31</sup> (ej., Eagly y Steffen, 1986; Hyde, 1985; Hall, 1984; Feingold, 1994) y, en consecuencia, una repercusión social inferior a la que la definición de género ha estado atribuyendo histórica-

<sup>28</sup> E. MACCOBY y C.L. JACKLIN, *The Psychology of Sex Differences*. Stanford, Stanford University Press, 1974.

<sup>29</sup> Véanse al respecto: J.S. HYDE, «How Large Are Cognitive Gender Differences? A Meta-analysis Using w2 and d». *American Psychologist*, vol. 36 (1990), pp. 892-901; J.S. HYDE, E. FENNEMA y S.J. LAMON, «Gender Differences in Mathematics Performance: A Meta-analysis». *Psychological Bulletin*, vol. 107 (1990), pp. 139-155; J.S. HYDE y M.E. LINN «Gender Differences in Verbal Ability: A Meta-analysis». *Psychological Bulletin*, vol. 104 (1988), pp. 53-69; M.E. LINN y A.C. PETERSEN, «Emergence and Characterization of Sex Differences in Spatial Ability: A Meta-analysis». *Child Development*, vol. 56 (1985), pp. 1.479-1.498; D. VOYER, S. VOYER y M.P. BRYDEN «Magnitude of Sex Differences in Spatial Abilities: A Meta-analysis and Consideration of Critical Variables». *Psychological Bulletin*, vol. 117 (1995), pp. 250-270.

<sup>30</sup> *Op. cit.*

<sup>31</sup> Véanse al respecto: A. EAGLY y R. STEFFEN, «Gender and Aggressive Behaviour: A Meta-analytic Review of the Social Psychological Literature». *Psychological Bulletin*, vol. 100, núm. 3 (1986), pp. 309-330; A.C. HYDE, «Productivity Management for Public Sector Organizations». *Public Personnel Management*, vol. 14, núm. 4 (1985), pp. 319-332; J.A. HALL, «On Explaining Gender Differences: The Case of Nonverbal Communication», en P. SHAVER y C. HENDRICK (eds.), *Sex and Gender*, Newbury Park, Sage, 1987, pp. 177-200; A. FEINGOLD, «Gender Differences in Personality: A Meta-analytic Review of the Social Psychological Literature». *Psychological Bulletin*, vol. 100, núm. 3 (1986), pp. 309-330.

mente, en especial a cuestiones de autoestima o asertividad. Por otra parte, y entendiendo el género como una variable estímulo, se tratan temas de relevancia social como es el trabajo (promovido no por la incorporación de la mujer al mercado laboral, sino porque al haber alcanzado un nivel educativo superior opta ahora por puestos que, hasta hace poco, le estaban vetados precisamente por su falta de formación), las relaciones de poder que se establecen en la interacción social a cualquier nivel, las actitudes hacia el género y los roles de género...

Por último, la posibilidad de entender las diferencias cognitivas entre hombres y mujeres se orienta al estudio de los procesos cognitivos (evaluación de estímulos *versus* respuestas), la rapidez y precisión de respuesta (tiempo de reacción) o las estrategias aplicadas por los sujetos al realizar diferentes tareas. No se trata tanto de distinguir hombres y mujeres respecto a determinadas capacidades cognitivas o rasgos de personalidad, sino de diferenciarlos en función de cómo procesan la información, respecto a los procesos integrantes (atención, memoria...), las operaciones efectuadas y los resultados obtenidos. Se entiende que hombres y mujeres participan de las mismas estructuras básicas de los sistemas de cognición y motivación, proviniendo las diferencias del propio funcionamiento de tales sistemas, de la aplicación de los distintos elementos implicados en ellos e interpretados desde diferentes modelos teóricos. Esta perspectiva, por tanto, aleja el género de las concepciones tipológicas tradicionales de masculinidad y feminidad, y lo aproxima a un enfoque cognitivo no exento de la influencia sociocultural, puesto que se ha constatado que las estrategias de respuesta (modo o estilo en que se organiza la información para dar una respuesta) se aprenden durante toda la etapa de desarrollo, y que es especialmente en la escuela, uno de los mayores agentes de socialización de género, donde se introduce sutilmente una diferenciación entre niños y niñas que les orienta a adquirir estrategias diferenciales.

Consecuentemente, muchos son los modelos teóricos que han afrontado las causas y efectos del género, desde diferentes perspectivas, determinando así el contenido de la Psicología del Género, y poniendo de manifiesto las limitaciones y sesgos metodológicos que han caracterizado su estudio desde hace décadas. La disciplina pone el acento en entender cómo se consolida y evoluciona la idea de género en los individuos, y en revelar las influencias tanto biológicas como socioculturales capaces de determinar su estructuración. La actualidad, en definitiva, responde a una sociedad en plena transformación, que mantiene vigente el género como un instrumento de diferenciación entre hombres y mujeres, pero que va variando sus contenidos en función de las necesidades sociales, inexorablemente dirigidas por el desarrollo tecnológico, la mejora de las condiciones de vida en el mundo occidental, y la cada vez mayor integración de la mujer al espacio público, lo que ha promovido, por una parte, la disminución de algunas de esas diferencias consolidadas históricamente pero, por otra, la aparición de otras que afectan directamente a las identidades tradicionales de la masculinidad y feminidad. Hombres y mujeres, hoy, buscan un nuevo modelo con el que identificarse y que responda a la realidad social de un mundo para el que el género sigue siendo un modo necesario de ordenar la existencia, pero cuyas fronteras se están desdibujando y confundiendo, convirtiéndose en una cuestión de poder entre hombres y mujeres. Temas



de análisis tan preocupantes como la violencia contra la mujer revelan que los cambios, siendo ciertos, no son tan sencillos como la evolución social pudiera sugerir.

